

---

Recuerdo cómo morimos. Lo recuerdo y lo sé. Es así. Hay cosas que sé aunque no las haya vivido en mi propia piel. Pero no lo sé todo, ni mucho menos. No hay reglas fijas. Como pasa con las personas, por ejemplo: a veces son habitaciones abiertas en las que puedo entrar; a veces están cerradas. El tiempo no existe. Está como desintegrado por una batidora.

El invierno llegó sin nieve. En septiembre ya había hielo, pero la nieve se quiso demorar.

El nueve de octubre el aire era frío y el cielo estaba azulísimo, un día perfecto para servírtelo en una copa y tomártelo de un trago.

Yo tenía diecisiete años. Si ahora estuviera viva tendría dieciocho. Simon tenía casi diecinueve. Me dejó llevar el coche aunque no tuviera el carné. El camino del bosque estaba lleno de socavones. Me gustaba conducir, y soltaba una carcajada con cada bache mientras la grava y las piedras picaban contra el chasis.

—Perdóname, Bettan —le decía Simon al coche acariciando la guantera.

No teníamos ni idea de que íbamos a morir. Yo no sabía que terminaría gritando con la boca llena de agua. Ni que sólo quedaban cinco horas.

El camino del bosque terminaba en Sevujärvi. Descar-

---

gamos el coche y cada poco rato yo tenía que hacer una pausa y mirar a mi alrededor. La belleza de aquel sitio era sobrenatural. Levanté las manos al cielo, entorné los ojos de cara al sol, una esfera blanca ardiente, y seguí el paso de una nube estriada que se deslizaba por allí arriba. Las montañas se erguían inalterables desde tiempos inmemoriales.

—¿Qué haces? —preguntó Simon.

Sin bajar los brazos ni la cabeza le respondí:

—En casi todas las religiones lo hacen. Miran al cielo y levantan las manos. La verdad es que lo entiendo perfectamente. Sienta bien. Ya verás, prueba.

Respiré hondo y solté el aire en una gran nube blanca.

Él sonrió y negó con la cabeza.

Para ponerse la pesada mochila primero la subió a una roca. Después me miró.

Sí, recuerdo muy bien aquella mirada suya, como si no pudiera creerse la suerte que había tenido. Y no era para menos; yo no era una chica del montón.

Simon solía estudiarme. Le gustaba contar todas y cada una de mis marcas de nacimiento, o cuando sonreía me ponía la uña en los dientes y empezaba a citar los picos de la cordillera de Kebnekaise:

—Sydtoppen, Nordtoppen, Drakryggen, Kebnepakte, Kaskasapakte, Kaskasatjåkko, Tuolpagorni.

—En doce, inicio de caries; en once, manifiesta; en veintiuno, distal —respondía yo.

Las mochilas pesaban mucho con el equipo de buceo.

Subimos caminando hasta el lago Vittangijärvi en una ascensión de tres horas y media. Nos alegramos de que el suelo estuviera helado porque facilitaba la caminata. Sudábamos, de vez en cuando parábamos para echar un trago de agua y en una ocasión hicimos una pausa

---

para tomar café del termo y comernos unos sándwiches.

Con nuestros pasos oíamos el crujido del musgo helado al romperse y el chasquido del hielo de los charcos.

A nuestra izquierda se alzaba la montaña Alanen Vittangivaara.

—Allí arriba hay un antiguo sitio donde los sami hacían sacrificios —dijo Simon señalando con el dedo—. Uhrilaki.

Eso me encantaba de él, que supiera esas cosas.

Al fin llegamos. Dejamos las mochilas con cuidado en la cuesta y permanecemos en silencio un largo rato mientras contemplábamos el lago. El hielo parecía una gruesa ala de cristal colocada encima del agua. En su interior se veían sartas de burbujas como collares de perlas. Las brechas parecían papel de seda plisado.

La escarcha había atrapado cada brizna de hierba y cada ramita fina hasta volverlas blancas y quebradizas. Las matas de arándano rojo y los enebros mostraban ya el tono verde oscuro que les daba el invierno. El abedul enano y los arándanos eran ahora de color sangre y violeta. Y todo tenía una película de escarcha, un aura de hielo.

El silencio era inverosímil.

Simon se quedó pensativo y ensimismado, como suele ocurrirle. Es una de esas personas que dicen que en momentos así el tiempo podría detenerse. O era. Era una de esas personas.

Pero yo nunca he conseguido estar callada mucho rato. Tuve que soltar un grito. Tanta belleza junta era precisamente lo que hacía que estallaras.

Me puse a correr por el hielo lo más rápido que pude sin resbalarme, mantuve las piernas separadas y me deslicé metros y metros.

—Prueba —le grité a Simon.

---

Él me sonrió y volvió a negar con la cabeza. Eso era algo que había aprendido a hacer en casa, allí en el pueblo. Negar con la cabeza. En Piilijärvi lo hacen muy bien.

—No, no —gritó—. Alguien tendrá que arreglarte las piernas cuando te las hayas partido.

—Gallina —le dije, y de nuevo me puse a correr y patinar.

Después me tumbé y me quedé mirando el cielo unos minutos mientras acariciaba el hielo con zalamería.

Me levanté y nuestras miradas se cruzaron.

Tú y yo, decían sus ojos.

Tú y yo, le respondí con los míos.

Simon juntó un poco de broza seca y corteza de abedul, para que pudiéramos comer algo antes de la inmersión y no quedarnos sin fuerzas y perder también el humor.

Asamos salchicha grande de Falun clavando las rodajas en unas ramas. Yo no tenía paciencia para hacerlo como es debido, así que por fuera se me requemaba y por dentro se quedaba cruda. Los hambrientos arrendajos se fueron reuniendo en los árboles de nuestro alrededor.

—Antes, le gente se los comía —dije señalando los pájaros con la barbilla—. Me lo ha contado Anni. Ella y sus primos tensaban una cuerda muy fina entre los árboles y le colocaban trocitos de pan blando. Los pájaros se posaban en la cuerda para comer, pero no podían mantenerse erguidos y rodaban hasta quedarse colgando boca-bajo. Luego no había más que cogerlos uno a uno, como si fueran fruta. Habría que probarlo, ¿tenemos alguna cuerda?

—¿No prefieres otro trozo de salchicha?

Típico comentario chinche y maravilloso de Simon.

---

Y ni media sonrisa que indicara que estaba bromeando.

Le di un empujoncito en el pecho.

—¡Idiota! No estaba pensando en comérmelos, sólo quiero ver si funciona.

—Hay que ponerse en marcha, antes de que empiece a oscurecer.

Me puse seria de inmediato.

Simon recogió más broza y corteza. También encontró un tronco hueco de abedul. Da buen fuego. Echó ceniza por encima de las brasas. Dijo que si teníamos suerte bastaría con soplar un poco para reavivar las llamas después de la inmersión y que como saldríamos helados sería muy agradable tener un fuego rápido.

Cargamos con los tubos, los reguladores, las máscaras, las aletas y los neoprenos militares de segunda mano hasta el hielo.

Simon iba delante con el GPS.

En agosto habíamos llevado el kayak a lo largo del río Vittangiälven hasta el lago Tahkojärvi, deslizándolo por el agua cuando era posible, y luego ascendimos a remo hasta el lago Vittangijärvi. Sondeamos el lago. Cuando encontramos el sitio, Simon lo grabó en el GPS con el nombre de «Wilma».

Pero en verano, la vieja finca de la orilla oeste estaba ocupada por gente que subía a pasar las vacaciones.

—Ahora deben de estar ahí dentro con sus prismáticos —dije yo mientras miraba con los ojos entornados hacia la otra orilla—, intentando descubrir qué clase de bichos raros somos. Si hacemos una inmersión ahora, toda la región se habrá enterado en un santiamén.

Así que cuando llegamos al final, remamos hasta la orilla oeste, subimos el kayak a tierra y continuamos a pie hasta la finca. Allí nos dejamos invitar a café y me tiré el

---

farol de que el ISMH, el Instituto Sueco Meteorológico e Hidrográfico, nos había dado cuatro duros para sondear la profundidad del lago. Sí, en efecto, estaba relacionado con el cambio climático.

—Cuando cierren por el invierno —dijo Simon mientras volvíamos a casa con el kayak—, también podremos usar su barco.

Pero luego el lago empezó a helarse y tuvimos que esperar a que el hielo fuera lo bastante grueso como para que aguantara. Apenas podíamos creernos lo afortunados que éramos de que no nevara pues incluso tendríamos algo de visibilidad. Por lo menos algún metro. Aunque era cierto que íbamos a bajar mucho más.

Simon serró el hoyo. Primero abrió un agujero con el hacha, la capa de hielo no era excesivamente gruesa. Después echó mano del serrucho de punta. Habíamos dejado la sierra mecánica en casa porque era una carga demasiado pesada; además, habría armado un escándalo considerable y lo último que queríamos era llamar la atención. Parecía el título de una novela: *Wilma, Simon y el secreto del avión*.

Mientras Simon ensanchaba la abertura yo monté una cruceta con un par de maderas y unos clavos que colocaríamos encima del hoyo para atar el cabo guía.

Nos quitamos todo menos el forro polar interior y nos pusimos los trajes.

Pronto estábamos sentados al borde del agujero.

—Baja cuatro metros de un tirón —dijo Simon—. Lo peor que nos puede pasar aquí es que nos quedemos sin aire si el regulador se hiela. El riesgo es mayor en la superficie.

—Vale.

—Pero también puede pasar abajo. Estos lagos eleva-

---

dos no son de fiar. Tal vez haya una entrada de agua en alguna parte que esté creando corriente. Si es así quizá baje de cero. Pero el riesgo es mayor en la superficie. O sea: tú directa para abajo.

—Vale.

No quería escucharlo. Quería bajar. Ya.

Simon no era instructor de buceo, ni mucho menos. Pero había leído lo suyo, tanto revistas como en internet. Continuó con el repaso sin dejarse estresar.

—Dos tirones de cuerda significan ascenso.

—Vale.

—A lo mejor encontramos la nave a la primera, pero no es lo más probable. Bajamos y avanzamos según vayamos viendo.

—Vale, vale.

Y nos sumergimos.

Simon entra el último. El agua fría es como una coz directa a la cara. Pone la cruceta con el cabo guía encima del agujero.

A medida que bajamos va mirando el ordenador de buceo. Dos metros. Claro como el día. El hielo que nos cubre es como una ventana por donde entra el sol; cuando estábamos fuera se veía negro, desde abajo es azul claro. Doce metros. Penumbra. Todos los colores desaparecen. Quince metros. Oscuridad. Me imagino que Simon se estará preguntando cómo me siento. Pero sabe que soy una chula. Diecisiete metros.

Bajamos hasta quedar sobre el avión hundido.

No sé qué esperaba, pero esto no, sin duda; que fuera tan fácil. Noto burbujas de risa recorriéndome el cuerpo que ahora mismo no pueden salir. Me muero de ganas de

---

oír los comentarios de Simon cuando nos estemos calentando junto al fuego. Siempre está tan tranquilo, pero sé que dentro de un rato las palabras se le acumularán en la boca.

Parece que el avión haya estado tumbado ahí abajo esperando nuestra llegada. Por supuesto. Habíamos sondeado. Ya lo habíamos buscado. Sabíamos que estaría por aquí.

Sin embargo, cuando lo vislumbro en la oscuridad del fondo, tiene un aspecto irreal. Es mucho más grande de lo que me había imaginado. Simon me ilumina con la interna. Entiendo que quiere ver mi reacción, mi gesto de alegría. El problema es que la máscara impide que pueda leerme la expresión de la cara.

Hace un movimiento hacia arriba y hacia abajo con la palma de la mano. Significa que me lo tome con calma. Me doy cuenta de lo acelerada que tengo la respiración. Debo tranquilizarme si quiero que el aire me dure.

Quizá me quede para unos veinte minutos. Después también tendremos demasiado frío. Dirigimos el haz de las linternas hacia el cuerpo del avión. Los ovals de luz recorren el casco cubierto de lodo. Intento descubrir de qué modelo se trata. ¿Un Dornier? Nadamos por encima del aparato apartando cieno con la mano. No, la chapa está corrugada. Es una Junkers.

Seguimos el ala y topamos con el motor. Está puesto un poco raro. Hay algo que no... algo que resulta... Retrocedemos. Me mantengo pegada a Simon sin soltar el cabo guía. Acaba de encontrar el tren de aterrizaje. En la parte superior del ala.

Se vuelve hacia mí y gira la mano 180 grados. Entiendo lo que quiere decirme. El avión está bocabajo, por eso parece tan mal colocado. Debió de haber volcado al hun-



---

dirse en el agua: una vuelta de campana y luego a pique con el morro por delante; pero de espaldas. Si el aterrizaje fue así, probablemente todos murieron al instante.

Bueno, ¿y cómo se entra?

Después de buscar un rato encontramos la puerta lateral que hay junto al ala. No logramos abrirla y las ventanillas son demasiado pequeñas para entrar por ellas.

Nadamos hasta el morro del avión. Allí ha habido un motor en algún momento, pero ya no está. Supongo que no me equivoco en cómo pasó. Primero el morro golpeó el agua y el motor se desprendió. Luego el cuerpo se hundió hasta el fondo del lago. Los cristales de la cabina están rotos, como la nave está bocabajo es un poco difícil alcanzarla; aun así lo conseguimos.

Simon ilumina el interior. En alguna parte de ahí dentro flotan los restos de la tripulación. Trato de protegerme contra la visión de lo que puede quedar del piloto, sin embargo no vemos nada.

Seguro que ahora Simon se arrepiente de no haber comprado un carrete de hilo como le dije. Habrá que conformarse. No hay ningún sitio donde atar el cabo guía, pero yo lo tengo sujeto y los dos comprobamos que él lo lleva bien atado al cinturón de plomos.

Se ilumina la mano con la linterna. Me señala primero a mí y después hacia abajo. Espera aquí, significa. Después me enseña todos los dedos de la mano dos veces, diez minutos.

Yo me enfoco la mano y levanto el pulgar. Y le lanzo un beso desde el regulador.

Simon mete los brazos por el agujero del parabrisas, se agarra con las manos al respaldo de unos de los asientos de los pilotos y se impulsa con suavidad hacia el interior del avión.

---

Ahora tiene que moverse con cuidado para levantar el mínimo de cieno posible.

Veo desaparecer a Simon. Después miro el reloj. Diez minutos.

Me empiezan a venir ideas que prefiero ahuyentar antes de que tomen forma en mi conciencia. Por ejemplo, qué ocurre dentro de un viejo avión que lleva más de sesenta años en el fondo de un lago cuando entras nadando y de repente empiezas a remover el agua. El aire que se expulsa por el regulador podría ser suficiente como para que algunas cosas se soltaran. Podría caerle algo encima. Podría quedar atrapado debajo de algo pesado. ¿Y si eso pasara y yo no pudiera liberarlo? Si se acaba el aire, ¿me salvo yo y vuelvo a la superficie? ¿O me quedo a su lado a morir en la oscuridad?

No, no. No puedo pensar así. Esto va a salir de puta madre. Será la leche. Y por mis ovarios que la próxima vez seré yo la que entre.

Enfoco con la linterna aquí y allá, pero en este ambiente no tiene demasiado alcance. Además hemos levantado un montón de cieno y la visión ha empeorado mucho. Resulta difícil imaginarse que allí arriba, no muy lejos, a tan sólo unos metros, el sol brilla sobre el hielo reluciente.

Entonces me doy cuenta de que el cabo guía que me une a la cruceta de madera del agujero flota destensado en mi mano.

Lo estiro para tensarlo, pero no lo consigo. Empiezo a recogerlo. Un metro, dos metros. Tres.

---

¿Se ha soltado de la cruceta? Lo hemos atado a conciencia.

Recojo más deprisa. Ahora tengo el otro extremo en la mano. Lo miro, le clavo los ojos.

Dios mío, tengo que subir y atarlo. Cuando Simon salga del avión no tendremos tiempo para nadar bajo el hielo buscando el agujero.

Inflo el chaleco con un poco de aire y empiezo a ascender lentamente. Salgo de la oscuridad, me meto en la penumbra, se va haciendo más claro. Tengo el cabo en la mano.

Ojeo en busca de la abertura, un foco de luz que atravesase el hielo, pero no la veo. En lugar de eso descubro una sombra. Un cuadrado negro.

Hay algo que tapa el hoyo. Nado hasta allí. La cruceta de madera ya no está. Ahora lo que hay es una puerta tapando el agujero; de color verde, hecha con tablones y un travesaño que los cruza de esquina a esquina, es la puerta de un cobertizo o de un granero.

Por un instante pienso que estaría tirada en algún sitio y que el viento la ha arrastrado. Pero antes de concluir la idea ya me doy cuenta de lo errónea que es. Arriba hace un día soleado y ni pizca de aire. Si hay una puerta sobre el agujero es porque alguien la ha puesto allí. ¿Qué clase de bromista hace eso?

Intento correr la puerta a un lado con las dos manos. He soltado el cabo y la linterna, que se hunden poco a poco hacia el fondo. La puerta no se mueve del sitio. Mi fuerte respiración me retumba en los oídos mientras en vano estiro y empujo. Entiendo que el bromista está de pie al otro lado. Hay alguien de pie encima de la puerta.

Me alejo nadando y saco el cuchillo de buceo. Empiezo a picar en el hielo. Cuesta mucho. El agua entorpece

---

los movimientos de la mano. Los golpes no tienen fuerza. Hago girar el cuchillo, sigo picando. Al final consigo atravesar el hielo. Ahora es más fácil, hago rodar la hoja dentro del agujero raspando los bordes.

Simon nada con el mayor cuidado posible dentro del avión hundido. Ha pasado el asiento del operador de radio detrás del puesto de mando y ha seguido adentrándose en el vehículo. Le parece notar un suave estirón en el cabo y se pregunta si será Wilma. Dos tirones para ascender, le había dicho. Pero ¿y si se ha quedado sin aire? De pronto se intranquiliza y decide salir. De todos modos no ve nada. El aire y sus propios movimientos han levantado tanto cieno que no se puede ver la mano si estira el brazo, aunque la ilumine con la linterna. Es como nadar en una sopa verde. Será mejor que suban.

Tira del cabo guía que lleva atado al cinturón de plomos para tensarlo y así poder seguirlo hasta la salida. Pero no se estira. Lo está recogiendo más y más, metro a metro. Al final tiene un extremo en la mano. Wilma debería estar sujetando el cabo, y el extremo debería estar atado a la cruceta del agujero.

El miedo le muerde el diafragma como una serpiente. No hay cabo guía. ¿Cómo demonios va a llegar hasta la ventana de la cabina? No se ve una mierda. ¿Cómo va a salir de allí?

Nada hasta topar con una pared. Tantea con la mano. Nada en el otro sentido, ya no distingue entre hacia adelante y hacia atrás, ni hacia los lados.

Tropieza con algo suelto, algo que se desplaza. Enfoca con la linterna. No ve nada. Le da la impresión de que es un cuerpo. Da un respingo, se aparta aleteando. Rápido,

---

rápido. En cualquier momento se verá nadando entre extremidades que flotan libremente. Brazos y piernas que se han desprendido de sus cuerpos. Debe mantener la calma, pero ¿dónde está? ¿Cuánto tiempo lleva allí? ¿Cuánto aire le queda?

Ya no diferencia entre arriba y abajo, aunque no es consciente. Palpa en busca de un asiento, si da con uno podrá orientarse hacia el morro del avión, pero está buscando en el techo de la nave y no encuentra nada.

Va de un lado a otro, preso del pánico. Arriba y abajo. No ve nada, nada en absoluto. El cabo que lleva atado al cinturón se enreda aquí y allá, en los enganches del suelo, en un asiento destrozado, en un cinturón de seguridad, en todas partes. Después empieza a nadar sobre el cabo. Choca con él. Se lía en él porque se extiende por el compartimento del avión como una telaraña. Y Simon no halla la salida. Muere allí dentro.

He conseguido abrir un agujero en el hielo con ayuda del cuchillo de buceo. Lucho para agrandarlo, pico con la punta, hago girar la hoja en el orificio. Cuando tiene el tamaño de mi mano miro el manómetro. Quedan veinte bares.

No puedo respirar tanto, tengo que tranquilizarme. Pero no puedo salir, estoy atrapada bajo el hielo.

Saco la mano por el agujero. No tengo ninguna intención clara, es más bien la mano la que se estira por voluntad propia pidiendo auxilio.

Alguien me la coge con firmeza al otro lado. Primero siento que he encontrado ayuda, que alguien me sacará del agua, que me salvará.

Después la persona empieza a tirarme de la mano, me la dobla hacia un lado y al otro. Y entonces com-

---

prendo que estoy atrapada, no puedo ir a ninguna parte. Quiero liberarme, pero lo único que consigo cuando intento recuperar la mano de un tirón es golpearme la cara contra el hielo. Un velo rosado se esparce sobre el azul celeste. Un pensamiento desagradable pasa por mi cabeza: estoy sangrando.

La persona de arriba cambia el agarre de la mano. Ahora me sujeta como si me estuviera saludando.

Aprovecho para clavar las rodillas en el hielo. Pongo las piernas alrededor de la mano atrapada y empujo con fuerza. Me libero. La mano se escurre del guante de buceo. Qué fría está el agua. Y la mano.

Me aparto nadando más y más lejos sin separarme del hielo. Lo golpeo, pataleo, araño.

Tiene que haber otra salida. Algún sitio donde la capa de hielo sea más fina, donde la pueda romper. Empiezo a nadar otra vez.

Pero él me persigue corriendo. ¿O ella? Veo a la persona a través del hielo. Está borrosa, y la veo desde abajo. Siempre la tengo encima. En los intervalos de mi propia respiración, cuando el aire que saco no borbotea ni me retumba en los oídos, oigo los pasos sobre el hielo.

Y sólo la veo a instantes. El aire que expulso no tiene dónde meterse, se acumula bajo el hielo como una gran burbuja en la que me veo reflejada. Deformada. Como en la sala de los espejos de un parque de atracciones. La imagen va cambiando: cuando tomo aire veo a la persona del otro lado, cuando lo expulso me veo a mí misma.

Y entonces se hiela el regulador. El aire empieza a salir por la boquilla. Dejo de nadar, no logro pensar en nada más que en respirar. La botella se vacía en un par de minutos.

Después no queda nada. Los pulmones chupan y chu-

---

pan. Me resisto, no quiero respirar agua. Estoy a punto de reventar por dentro. Agito los brazos. Golpeo el hielo en vano. Lo último que hago en vida es quitarme el regulador y la máscara. Después muero. Ya no hay aire que me separe del hielo. Ya no veo la imagen de mí misma. Tengo los ojos abiertos en el agua, ahora puedo ver a la persona de allí arriba.

Una cara que se pega al hielo y se me queda mirando. Pero no entiendo lo que veo. Mi conciencia de las cosas retrocede como el agua de la marea.